

## ADAN Y EVA FUERON SUDAMERICANOS

Por  
Alejandro Carrión

Muy grave problema fue para los teólogos el descubrimiento de América. Presintiéndolo, hicieron cuanto estuvo a su alcance para evitarlo: fueron ellos y no los geógrafos quienes, en La Rábida, reprobaron a Don Cristóbal en esa especie de grado de bachiller a que fue sometido y al cual asisten, siglo tras siglo, los escolares del mundo, temerosos de que, a causa de la mala fe del Tribunal, la Reina deje de llevar sus joyas al usurero y América se quede sin descubrir per secula seculorum. Venturosamente la Reina no hacía mayor caso de los teólogos, y América fue descubierta, sobreviniendo con la gran hazaña el espanto y la confusión entre tan serios y pomposos varones, en especial por un extraño hecho singularmente catastrófico: la nueva tierra, cuando llegaron a ella los navegantes, se hallaba poblada: de plantas nunca vistas, animales extraordinarios y hombres completamente ordinarios, iguales a todos los demás hombres, la habitaban. Y en esto último residía el problema.

Si los hombres allí encontrados hubiesen tenido un solo ojo en la mitad de la frente; si su cuerpo hubiese estado sembrado de fieras cerdas; si retorcidos cuernos faunescos les hubiesen brotado de las sienas; otro habría sido el cantar. Se los habría declarado engendras del diablo y se los habría exterminado, si eran bravos, o reducido a servidumbre, si eran mansos y servían para algo útil. Mas, por desdicha, eran exactamente iguales a los demás hombres, salvo cierta acentuada coloración azafranada de la piel. Y de ahí nacía, amigos, esta cuestión tan simple y tan compleja: si tan iguales eran a los descubridores, los descubiertos con toda seguridad descendían también de Adán y Eva y habían venido, por lo tanto, desde la lejana Mesopotamia. Esto es fácil de colegir y es aun más fácil de enunciar. Pero... ¿cómo vinieron? He aquí la espinosa cuestión: ¿cómo vinieron?

Navegando? Esas gentes, según pudo verse desde el primer día, navegaban, pero sólo en primitivas balsas cuadradas, con velas de junco entretejido, en las que apenas osaban alejarse algunas millas de la costa, nunca hasta perderlas de vista. ¿Cruzar en tales balsas el ancho mar, como tan arriesgadamente lo hizo Colón en las carabelas? Todos estuvieron de acuerdo en que era imposible. En tales embarcaciones, fiados a la voluntad de los vientos y las corrientes marinas, el viaje no habría sido a América sino al vientre de los tiburones. ¿Nadando? ¿Qué Johnny Weissmuller, qué Mark Spitz cruzó jamás nadando el ancho océano? Volando, desde luego que no: a la altura del descubrimiento el arte de volar no había ido más allá de los huesos rotos del Icaro, los dibujos noveleros de Leonardo y las improbables escobas de las brujas. En esos tiempos y mucho más cuando los hombres de piel azafranada llegaron a América, nadie había osado contrariar la voluntad del Creador, que dio el aire a las aves como predio privado. ¿Caminando? ¿A veces a pie y a veces andando? ¿Por dónde, amigos míos, ¿Por dónde? ¿Tras cruzar a nado el estrecho de Behring, por las inmensas praderas heladas de Alaska y el alto Canadá? Permítanme que me sonría. ¿Habría acaso, acontecido una segunda creación? Dios, omnipotente, ¿habría realizado la Obra simultáneamente en dos escenarios? ¿Además del edén mesopotámico, donde la serpiente pervirtió a nuestra madre Eva, habría funcionado otro edén en América? Si esta pregunta, que trae tan hondas inquietudes teológicas, pues lleva implícitas la cuestión de si en América se repitió el pecado original y de si la Divina Sangre, vertida

en el Gólgota, alcanzó también con su virtud purificadora a estos azafranados pecadores, hubiese sido hecha a un indio guatemalteco, la respuesta habría sido afirmativa, y el preguntado habría sido conducido a la llanura de Iximche, e informado de que en ella Dios creó al hombre, conforme está relatado en el Popol Buh, la Biblia de este nuevo mundo, con la novedad de que la materia prima utilizada no fue el tosco limo de la tierra, sino una masa dorada y suave hecha de la rica harina del maíz. Pero los guatemaltecos no fueron consultados y el colosal problema quedó íntegro con toda su monstruosa estatura de misterio, en especial porque los navegantes solitarios Alain Gerbault y Thor Heyerdhal no habían aún realizado sus orientadoras hazañas trasatlánticas.

Inmenso y angustioso problema sobre el cual, dando y cavando, reverendos teólogos se marchitaban y envanecían. Las preguntas seguían brotando, cada vez más inquietas y turbadoras. ¿Serían los indios descendientes de Adán y Eva, como los descubridores? ¿Poseen un alma inmortal? ¿Deberían ser considerados hermanos de los antes europeos? ¿Habrían venido a América antes o después del diluvio universal? ¿También se habría derramado la Divina Sangre por redención? El asunto se fue poniendo cada vez más oscuro y se agravó definitivamente cuando, queriendo arreglarlo del todo sin mayor esfuerzo, un desaprensivo y fresquísimo teólogo, llamado Juan de Sepúlveda, salió con la novedad de que los indios no eran seres humanos, ni provenían de Adán y Eva, sino sencillamente una variedad de monos más desarrollada, capaz de hablar y de entender hasta cierta medida, pero desprovista de alma, o sea de la calidad humana. ¿Supo Darwin alguna vez la peregrina teoría evolucionista de este amigo? Cuestión interesante, sobre la que llamamos la atención de los investigadores. Los indios, conforme tan audaz teoría, no debían contarse entre los hombres sino entre las bestias.

Los encomenderos gritaron: " ¡Eureka!" y vieron abrirse ante sus ojos voraces un seductor panorama de comercio de "bestias" y de mano de obra gratuita. Vino así a mezclarse al problema un factor impuro. Esa nueva faz, la de la codicia, lo volvió urgente y apasionante, le arrebató su lento paso de disputa académica. Si los indios no provienen del tronco edénico común, si carecían de un alma inmortal, si no alcanzaba la virtud de la Preciosa Sangre, entonces no habría obligación moral de pagarles salarios, se tendría en ellos ilimitada fuente de mano de obra gratuita y de su crianza y subsiguiente comercialización a devenir una suculenta veta de riqueza pública y privada. La tesis de Sepúlveda seducía a los encomenderos. Veían ya los extensos campos, cargados de mieses, cultivados por indios a los que sólo se les debería comida y un tapado mínimo. Veían ya los barcos "indios" de su mercancía a todos los mercados...

Pero había un detalle, ya para entonces suficientemente comprobado sobre el cual Sepúlveda se negaba a pronunciarse: un detalle con la vida demostraba lo falaz de su tesis. Sucedió que... la experiencia había constatado que al ayuntarse un hombre blanco con una de tan censurable esparcimiento nacía un niño, cosa que jamás ocurría si, ¡Dios no permita tal abominación, un hombre depravado se iba en igual forma a "cualquier otra bestia". Ese niño, nacido de hombre e india, ¿era un ser humano? ¿Cómo enfrentaba la cuestión la teoría de Sepúlveda? ¿Qué factor predominaba en ese ser, el humano dado por el padre o el bestial dado por la madre? ¿La Preciosa Sangre lo redimía sólo en un 50 por ciento? ¿Era esa redención porcentual posible? ¿Podría realmente crearse una raza híbrida entre el hombre y la bestia? Para todos fue evidente que ante esta experiencia, ante este alegato de la vida misma, la doctrina de Sepúlveda, no obstante las halagüeñas perspectivas económicas que suscitaba, fallaba por su base. Y se volvía al viejo cavilar: ¿Habría ocurrido una segunda creación? ¿O habría sido en

América la primera? Una fracción intermedia salió con algo intermedamente alarmante: Admitiendo que el indio sea una criatura humana, ¿tendría alma inmortal? Los encomenderos se asían a esta posición como al último salvavidas. También se asían a ella los malos misioneros, pues si el indio carecía de un alma inmortal, no tenían por qué ir tras él por montes y collados, en pos de cristianarlo.

Pero ocurre que, por ventura, no todos los misioneros eran holgazanes ni todos los teólogos estaban al servicio de los peores intereses de los encomenderos. Y así, al enterarse de tales teorías se escandalizaron y al entrever sus trastiendas -esclavitud, explotación inmisericorde del hombre por, ilimitados servicios y genocidios- muchos misioneros, frailes y prebostes, teólogos que al mismo tiempo eran hombres de noble corazón y elevados sentimientos, se alzaron en defensa del desamparado y pusieron el grito en el cielo, tan alto y tan fuerte, que el Papa, allá en su trono de Roma los oyó. Entre esos hombres estaba Fray Bartolomé de las Casas y, con él, dos frailes sudamericanos: el Padre Acosta y el Padre Calancha.

El Santo Padre escuchó pacientemente a ambas partes, invocó al Espíritu Santo, fuente de la que mana toda sabiduría, y resolvió la cuestión ex-cátedra, o sea en definitiva, pero sólo en lo principal, dejando los detalles secundarios a la bizantina discusión de los teólogos, entonces, y a los antropólogos, ahora. En una bula emitida en 1512, con su voz infalible, el Santo Padre dijo, y al decirlo honró su investidura: "Los indios descienden de Adán y Eva". "Amén", respondió toda la cristiandad. Descendiendo de la pareja edénica, los indios resultaron ser hermanos de todos los hombres, sus iguales, todos con la misma alma inmortal y en la misma medida que ellos redimidos por la Preciosa Sangre. En consecuencia, no podían ser reducidos a esclavitud ni ser convertidos en materia de comercio.

Los encomenderos, en el primer instante, se desconcertaron y de no haber sido los buenos católicos que eran habrían maldecido al Vicario, que tan bello negocio les aguaba. Pero luego, demostrando una maravillosa capacidad inventiva, establecieron las mitas, el concertase, el impuesto de capitación y el guasipungo, con lo que obtuvieron la misma utilidad que habrían obtenido si la tesis de Sepúlveda era aprobada. En cambio, los teólogos... ¡los pobres teólogos! En su atribulado predio todo era un reunirse y consultarse y aducir autoridades latinas y disputar. Y, en último término, repetir una pregunta que se volvió obsesiva: ¿cómo vinieron? El Santo Padre, que cuando habla ex-cátedra es infalible, había resuelto la primera y principal faz de la cuestión: los indios son parte integrante de la progenie de Adán y Eva. Ergo, vinieron de la Mesopotamia, parte del mundo donde estuvo situado el Edén, y si hicieron el viaje después del diluvio vinieron trayendo los animales que en el arca se salvaron ... siendo también posible que hayan venido antes del diluvio y que el viaje no haya sido registrado en el libro santo. Entonces podría explicarse mejor la existencia en América de animales que no existían en Europa ni en Asia: los de América serían los descendientes de aquellos que el patriarca Noé no alcanzó a recaudar en el arca, tal vez porque el espacio estaba saturado o acaso porque tardos o mal informados, esos semovientes no alcanzaron a llegar o no llegaron de ninguna manera. Pero... ¡Dios de piedad!, ¿por qué el Santo Padre, al aclarar la cuestión principal, no resolvió la cuestión secundaria, el cómo vinieron esos hombres a América, cubriendo el inmenso trecho que hay desde el monte Ararat a la cordillera de los Andes? ¿Qué le costaba a Su Santidad hacer una referencia a ese portentoso viaje? La cuestión apasionó a todo el mundo y lo prueba el haber intervenido en ella personas de la calidad, seriedad y ecuanimidad del buen caballero Michel de Montaigne. Entre nosotros, el Padre Juan de Velasco le consagró buena parte de su "Historia Natural" y el Oidor Rocha la resolvió diciendo que los indios eran parte de las diez tribus perdidas de Israel y argumentando en tal sentido se dio maña de mezclar a Túbal con Osiris y de tan

extraño cóctel sacó en limpio que los aborígenes americanos eran primos de los vascos y que en el antiguo idioma ibérico era el tronco del quechua. Por cierto que el Padre Velasco, atendiendo a que Güiracocha quiere decir "el que vino flotando sobre las aguas", sostuvo que los indios vinieron navegando, lo cual equivale a afirmar que fueron ellos y no Colón los descubridores de América. Y la verdad es que Thor Heyerdhal, con su famosa navegación en las galeras de papiro parece haberle dado la razón experimentalmente. El Padre Acosta, en cambio, sostuvo que vinieron caminando por el Círculo Polar Ártico, sin necesidad de cruzar a nado el estrecho de Behring. El Padre Calancha, a su vez, propuso la Atlántida como puente: luego que cruzaron estos hijos de Adán, el mar se tragó el puente, los atlantes se convirtieron en indios comunes y corrientes y Pierre Benoit se llevó los últimos restos de la Atlántida al desierto del Sahara, con el poco honesto fin de escribir una mala novela.

El fin de la cuestión, incluyendo ese teólogo gringo que propuso reformar el Génesis en tal forma que se permita a una pareja adánica distinta fundar la humanidad por separado en cada continente, para evitar tanta navegación prematura, tanta desmedida hazaña natatoria no homologado por ningún comité olímpico, tanta caminata por heladas praderas, tanto puente hundido; e incluyendo a esos vástagos ilegítimos de Darwin, que piden un proceso de evolución autónomo para cada continente; el fin de la cuestión, digo, fue, sin duda, y eso admitiendo que la cuestión haya tenido fin, el que le dio un delicioso aventurero y trotamundos boliviano, teólogo, contrabandista, político y lo cual completa racionalmente su currículo vital tratante en blancas, llamado don Emeterio Villamil de Rada, doctor en las siete artes de la madre Celestina y en todas las demás, quien, mirando socarronamente a europeos y asiáticos, declaró poseer pruebas incontrovertibles de que el Paraíso Terrenal estuvo situado en la América del Sur, habiendo sido en nuestro continente donde Jehová creó a Adán del limo de la tierra y de su costilla, mientras dormía, a esa levantisca y pérfida persona que fue nuestra madre Eva.

Científica o no, teológico o no, la cuestión está, tal cual la plantea don Emeterio, resuelta de esta manera en el terreno de la más estricta justicia y del todo conforme con el nuevo nacionalismo Latinoamérica no, que nos libera de las injusticias y monopolios imperialistas que sobre nosotros siempre han pesado o, por lo menos, intenta libertarnos. ¿Por qué todo, inclusive la especie humana, debe comenzar en Asia? ¿Cuál es la razón de tan irritante monopolio? Que sean los euro-asiáticos y no nosotros quienes se quiebren la cabeza haciendo conjeturas de cómo los hijos de Adán fueron de aquí para allá. El indio es el más antiguo habitante del mundo e indios eran Adán y Eva, Caín y Abel y más miembros de esa desacreditada y dividida familia. La tesis, poniéndole algo más de ciencia y de paciencia y añadiéndole uno que otro hueso desenterrado en la Pampa, la tomó el paleontólogo argentino Florentino Ameghino y tiene aún un respetable y serio representante en el doctor Arturo Posznanski.

El ingenioso doctor Villamil tuvo, desde luego, que escoger el sitio de América del Sur más adecuado para establecer el Edén, y como no era guatemalteco se le dio un camino de que el Popol Buh lo situara en la llanura de Iximche. Por dos razones sumamente atendibles lo situó en el valle de Yungas, en las cercanías del Tiaguanaco: la primera, estar ese valle situado en Bolivia y ser el doctor Villamil boliviano; la segunda, por ser Tiaguanaco lo más antiguo que hay en América, al extremo de que los Incas no sabían en qué remotos siglos se había levantado las moles de la Puerta del Sol. El lenguaje original del ser humano, el que enseñó al Supremo Hacedor a la pareja fundadora fue, desde luego, el aymara y en él tuvo lugar el diálogo de la primera con la serpiente y en él hizo a su esposo doña Eva la famosa junta:

-Adán, darling, ¿por qué no nos comemos la manzana?

Hemos de reconocer honradamente que las razones de don Emeterio son tan válidas como las de quienes sostienen que Adán y su suelta costilla hablaban en hebreo. Y el afirmar que estos distinguidos cónyuges fueron indios tiaguanacos de lengua aymara, ¿qué tiene de mas aventurado que el afirmar que fueron mesopotámicas? Yo supongo que ustedes están ya tan resueltos como yo a aceptar en forma definitiva y a sostener la tesis de don Emeterio. Procedamos a patentar de una vez por todas al ser humano como producto vernáculo de este continente, como la yuca, como el aguacate y la quinua.

¡Abajo los monopolios imperialistas del viejo mundo!

Adán y Eva fueron sudamericanos.